

INTRODUCCIÓN

LITERATURA COMO ARTE DE LEER LA MANO

Valerie Miles

Cuando comenzamos un número de *Granta en español*, se pone en movimiento un proceso. Es como lanzar un imán al aire: algunas cosas son atraídas, otras son repelidas, y de esa tensión surge un centro, un ritmo, un contrapunto de formas y voces. Ensayos, relatos, fragmentos de imágenes e ideas se responden entre sí, chocan, se resuelven, y a veces alcanzan una armonía que no hubiéramos podido planear. Cada número escribe su propia intrahistoria, moldeada tanto por el azar y la restricción –a veces oulipiana, a veces simple y dura realidad– como por un diseño.

Dedicado a las siete naciones que conforman el istmo centroamericano –Belize, Honduras, Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y Panamá–, este monográfico muestra una lengua viva, multinuclear, el español en sus infinitas permutaciones y registros cambiantes, en acción y en evolución.

Como escribe Luis Cardoza y Aragón en sus memorias, *Guatemala: Las líneas de su mano*, cuyo título constelamos: «Deseamos ir, gentes iguales y contemporáneas, con algunos rasgos privativos, más allá de lo pintoresco. Hace tiempo que lo exótico es esa garrulería que no recoge el drama íntimo ni el drama radical de un pueblo para enlazarlo con lo universal». Al vernos refractados desde una perspectiva ajena surge la pregunta: ¿qué podrían saber de nosotros? Y, sin embargo, al obligar nuestra mirada de nuevo quizás vislumbremos una verdad. «No sé amar a mi tierra con los ojos vendados», dice Cardoza.

Este número se debe a una conversación sostenida con Sergio Ramírez durante casi dos décadas. En 1985, Christopher Hitchens lo entrevistó en Managua para *Granta*, mientras Sergio era presidente en funciones. Él había olvidado aquel intercambio y le pedí, treinta años después, un nuevo texto. Mejos de una década más tarde, vive en Madrid, en el exilio. Y esta vez –gracias al patrocinio del Instituto Cervantes– no le pedí un escrito, sino su consejo para dar forma a este número. En los archivos de *Granta* me encontraron grandes reportajes inéditos en español: la última crónica de Martha Gellhorn sobre la invasión de Reagan a Panamá; el reportaje de Joan Didion en El Sal-

vador, en 1982. El testimonio de Sergio sobre la masacre del 23 de julio refracta lo inmediato y, por un efecto de espejo, da al número una mayor profundidad de campo. Abrimos el foco: de aquellos polvos. Este es uno de sus centros de gravedad. Vuelve a aparecer en Gioconda Belli; en el diálogo de Carlos Wynter con Gellhorn, donde otra posible invasión gringa es casi un *déjà vu*; y en Reed Brody, cuya vocación de defensor de los derechos humanos comenzó en Nicaragua en 1984. Una palabra recorre esta páginas: infierno.

Y, sin embargo, hay un contrapunto en el humor: el acto de rebeldía de Carlos Dada; la sátira de Eduardo Halfon como un bálsamo que nombra lo intolerable. Y también en la belleza: la fábula nocturna de la costarricense Gabriela Peña-Valle; el relato de Francisco Goldman, que encuentra a su Kurtz en un río entre Nicaragua y Honduras; la meditación de Carlos Fonseca sobre el Darién, con su densidad mítica y sus peligros modernos; y la próxima novela de Rodrigo Rey Rosa: una prisión no distinta de la de Bukele, El Infiernón, y la pasión de dos migrantes.

El terror del relato de Didion me resulta familiar cuando recuerdo mi propio paso por El Salvador en 1983 y 1984, como parte de un equipo médico. Nos alojábamos en uno de los pocos lugares seguros entonces, el Hotel Presidente, y de día íbamos a las aldeas remotas a atender a las comunidades. El contraste era brutal: de día, la miseria más extrema —un murciélago clavado en la pared, las alas abiertas y desecadas como un altar—; de noche, el relumbrón de las fiestas de las élites junto a la piscina del hotel. En mi segundo viaje, por razones que nunca comprendí, nos retuvieron una noche y nos enviaron al alarmante Sheraton: un lugar marcado por asesinatos y desapariciones. La tensión casi se palpaba. Aquella noche, tras un terremoto, comenzaron los disparos. Desde mi ventana vi a hombres con fusiles disparando desde una azotea vecina. Arrastré el colchón hasta el suelo, bajo la ventana, y allí permanecí tendida hasta el amanecer.

Estas páginas son testimonio de una escena literaria intensa, tanto dentro como en el exilio, porque, como dijo alguna vez Vargas Llosa, la literatura florece en tiempos difíciles. Está en el conmovedor descubrimiento de *Beka Lamb* de Zee Edgell, la primera gran novela de Belice, inédita en español. Y en la costarricense Virginia Grütter, que busca a su esposo chileno, desaparecido por Pinochet: los largos dedos de la tiranía. «Miro mis manos y me cuesta creer que estén aquí, vivas, sobre la máquina de escribir, moviéndose tensas, azules las venas, con sus uñas respectivas cada dedo, y tú dónde, dónde tus manos, dónde tú, real existente, existes».

Otro hallazgo ha sido el hondureño Dany Díaz Mejía y su ciclo de relatos sobre la muerte brutal de un joven de una aldea, no muy distinta de la suya. Escrito con sobriedad, muestra cómo el ritual restituye la dignidad al anclar lo ancestral. Se sorprendió al saber que Sergio Ramírez leería su texto, recordando cómo este había leído en voz alta un primer borrador en su casa de Masatepe, cuando Dany disfrutaba de una beca de la Fundación Luisa Mercado, creada por Sergio. Ese espacio y su biblioteca fue allanado y confiscado en 2023 por el régimen de Ortega. Cuando le conté a Sergio que el relato de Dany se publicaría –sin que ninguno de los dos supiera aún el hilo que los unía–, me dijo: «Un taller es como una pesca, se echa la red, y un pez luminoso saldrá a flote». Lo que no se allana son las palabras, ni las redes invisibles que tienden. Su obra cultural perdura en Centroamérica Cuenta, un empeño vital de la región para la literatura y las ideas.

El número cierra con un diario de Óscar Martínez, quien tras años de cubrir la violencia viaja a Noruega para reflexionar sobre el sentido de la paz. Allí se encuentra con su tío, exiliado; para Óscar, Noruega es refugio, para su tío, otra forma del infierno. Y con el formidable ciclo poético, de Pablo García Talé, poeta k'iche' de Totonicapán. En su visión, el *infierno* tiene un saber propio, es el altar donde se unen los contrarios.

Pautas que persisten y fuerzas de resistencia que abren paso a nuevas formas. En el centro de cada nuevo campo magnético hay una idea que no nos deja en paz, que clama por hacerse palabra. «Estamos en Guatemala, verde colibrí reluciente –escribe Cardoza y Aragón–. La caja grande y dentro una más pequeña y otra. Otra y otra, hasta llegar a mi pueblo [...]. Y otra más pequeña, y otra y otra, hasta la casa y mi cuarto de niño. Pongo mi tierra sobre mis rodillas, en la palma de mi mano». La literatura como arte de leer la mano: íntima y profética, un saber secreto que traza lo vivido, y lo que aún está por venir.